

Notas para *Cien años de soledad*: Extrañamientos del cuento

Jordi Jové

García Márquez parece responder a las súplicas que un niño puede hacer cuando se va a dormir: "¡Abuelo!, cuéntame un cuento", y ni corto ni perezoso el contador se lo cuenta. No tiene por qué repetírselo, y comienza la historia: "Muchos años después, ..."; pero "¡abuelo!, ¿los cuentos no empiezan "érase una vez"?"⁽¹⁾. Su contestación es afirmativa, pero, sin embargo, le dice que por esta vez va a empezarlo por el "colorín colorado". Así, efectivamente, el abuelo Márquez nos trata como a niños, por fortuna, porque en su historia "contada" (narrada) siempre ocurren cosas⁽²⁾. El mundo de Macondo está filtrado por un tamiz del que sólo percibimos la arena fina de lo mágico.

El coronel Aureliano Buendía, en su hora final, recuerda aquel día en que su padre "lo llevó a conocer el hielo". En esos momentos, la sorpresa continua que es la infancia queda como lo único que recorre la mente del narrador, que es la del protagonista. Siente que toda su vida se compendia en aquellos días de aquellos meses de marzo, en los que una caravana de "gitanos desarrapados" llegaba al pueblo y mostraba mil maravillas insospechadas. Aureliano Buendía el día de su fusilamiento vive "la tibia tarde de marzo en que su padre interrumpió la lección de física, y se quedó fascinado, con la mano en el aire y los ojos inmóviles, oyendo a la distancia los pifanos y tambores y sonajas de los gitanos que una vez mas llegaban a la aldea, pregonando el último y asombroso descubrimiento de los sabios de Memphis"⁽³⁾. García Márquez nos introduce en la recuperación de un tiempo infantil, sola y única época que un hombre a punto de ser ajusticiado es capaz de sacar a relucir. El dramatismo que conlleva un fusilamiento pasa, por supuesto, desapercibido porque, nosotros los lectores, al igual que el coronel, nos recreamos en las mismas "bagatelas" del tiempo pasado. El abuelo Márquez filma entonces las imágenes que iremos recibiendo y asimilando con perplejidad, provocándonos el mismo asombro pueril de quien descubre el mundo por primera vez.

Página a página se forma la crónica de un pueblo, construida y realizada a través de la saga entera de una familia, muy tradicional en alguna medida. El origen de dicha familia

señala el nacimiento del villorio, y su ocaso es síntoma de su inmediata desaparición. La profecía que pesa sobre el destino de los Buendía (según la cual, el último descendiente nacerá con cola de cerdo) se cumple precisa y curiosamente⁽⁴⁾ cuando hace aparición el posible salvador de todos los obstáculos: el amor. Un amor inocuo para los protagonistas, y no obstante destructivo, capaz de arrancar árboles, tumbar casas y arrasas tierras y almas. Este amor violento se yergue como el fuego purificador de una estirpe condenada, junto con la maldita aristocracia provinciana local. Y esta condena a la soledad y a la muerte se descubre universal, para todos, y no solamente para unos cuantos personajes le cuento.

Macondo representa el centro del universo, el *omphalós* en torno al cual giran las constelaciones del cielo narrativo del autor. El calor, personificado como puede estarlo una mujer o un gallo, reina y acompaña a los habitantes del pequeño pueblo, hacia donde quiera que se muevan o dirijan con caliente y profunda palpitación. Hasta tal punto, que preside la existencia cotidiana de Macondo, su vida diaria. Pero no es un calor como los otros calores, normales y corrientes, sino que es un calor *macondino*, desesperante y sobrenatural. A cada individuo, de alguna forma, le rodea una especie de "aura atmosférica" que va creando la intensidad peculiar del relato. El escritor logrará fascinar al lector hasta un grado tal que, envuelto por ese medio absorbente y precisamente descrito, pasa a participar de lleno en el "ambiente" de esta novela singular. La tensión que produce este "clima" no se encuentra en los eventos ni en los personajes de la narración, sino en una zona intermedia cargada de vaguedades y silencios. Es la zona del extrañamiento.

El Macondo de García Márquez, sin duda siendo peculiar, muestra sin embargo poca diferencia de otros posible "macondos" abandonados a la miseria, privador de vegetación y de riquezas cromáticas, en relación con los ambientes tropicales de la novela brasileña, por ejemplo (y el caso de ejemplaridad de Mário de Andrade y su *Macunaima*), aunque la nota pintoresca esté constituida por la "tropicalidad" de los elementos. El Trópico revela, tras su exuberancia, pobreza, polvo y angustia. La desnudez con que se perfila la imagen del pueblo corre pareja a la desnudez con que se trata a los personajes. El Trópico del narrador incide en rasgos desnudos, sin abalorios.

No parece que sea el hombre, uno a uno, quien interese a García Márquez, sino los hombres formando parte de un Todo, que se canaliza a través de la Naturaleza. El hombre representa un ser mediatizado que aún conserva su personalidad a costa de una soledad insufrible y en cierta forma heroica. Es un ser que posee un sello personal, como último baluarte que aún merece defenderse. El microcosmos humano se desliza poco a poco, e inevitablemente, hacia su total aniquilamiento.

Los cien años de Ursula

Las mujeres de Macondo adquieren una fuerza inusitada, mientras que los hombres paulatinamente se van convirtiendo en peleles. La fémina macondina moldea su cuerpo y su mente a imagen y semejanza de la tierra, verdad en la cual le ha tocado vivir. El hombre rehuye la aridez y va en busca de un frescor, de un aliviamiento que sólo le puede brindar la sombra de un vergel, el jardín de los sueños. Ursula y Amaranta, por citar sólo un ejemplo,

son pilares, muros de contención, cimientos de una casa en ruinas y desgraciada. Como almas motrices que, desde su rincón, manejan los hilos de sus marionetas: los hombres. No tienen tiempo de soñar; es un lujo demasiado caro. Y sin embargo, en cambio, los hombres de la familia sí pueden "volar", encerrarse en su mundo de gallos de pelea, con sus revoluciones y piedras filosofales. La menuda Ursula, "A quien ten ningún momento de su vida se le oyó cantar", está en todas partes, posee el don de la ubicuidad. Es la mano que encala las paredes, quien deja limpios los muebles, la que da a la ropa un suave olor a albahaca.

Ursula, por su prolongada vida, se transforma en guardiana infatigable de su casta. Sabe que, como una condena no debe permitir ninguna relación amorosa entre los miembros de su estirpe condenada a "cien años de soledad". Cuando ella desaparece, el enemigo, que es la maldición, se desata y se hace patente destruyendo toda una labor de años, esos cien años de soledad que ha experimentado en su propia carne. Nos lo podría relatar, contar "en el aturdimiento de los últimos años", pero prefiere callar y seguir el relato como un fantasma. Porque el balance y la impresión personal operan por enfrentamiento o yuxtaposición de ideas, así que "no le echaba la culpa a su trastabillante vejez ni a los nubarrones que apenas le permitían vislumbrar el contorno de las cosas, sino a algo que ella misma no lograba definir pero que concebía confusamente como un progresivo desgaste del tiempo"⁽⁵⁾.

Esta mujer que no parece resultarnos seductora insiste en su deambular por la casa que pasa perfectamente desapercibido. Quizás su fuerza reside en ello, como un fenómeno del "extrañamiento" global en que se ven inmersos los personajes del cuento. Adivinamos que detrás de tantas historias "buendianas" se esconde algo no definido, algo que arrastra, como fuerzas "extrañas", o mejor dicho, que conduce a los Arcadios y Aurelianos a su destino final. Nos disfrazamos de detectives, y adoptamos un aspecto de Philip Marlowe, cuando queremos llegar hasta una personilla que, precisamente, por dar todo de sí se nos aparece encogida e insignificante: la pequeña, inquieta e inquietante Ursula. Por otro lado, deberíamos "limitarnos" (cosa realmente difícil) a leer simplemente un cuento (comprobar físicamente el placer del texto, *ad libitum*) sin intentar averiguar toda la complejidad de las hadas, magos y hechizos que García Márquez nos ofrece. Sin embargo, en nuestra inquietud, no podemos dejar de preguntarnos e interrogar sin sentir la comezón de la curiosidad insatisfecha, que ya se sabe mató al gato. Queremos saber (no con certeza absoluta porque ningún Buendía vendrá a cerciorarlo) o, por lo menos, imaginar cuál es la razón por la que José Arcadio Buendía se encierra en su cóncavo "laboratorio", por qué Amaranta no se casa con su deseado italiano, por qué múltiple y plural extendiéndose otro después de sí. Volvemos con ello a ser de nuevo niños, a preguntar, a interpelar el universo. El narrador deja que caigamos en la trampa continuamente, a todo lo largo de esta novela-cuento en la que no lograremos desembarazarnos de la infancia. Y ¿por qué nos ha de ser molesta esta disposición a la pregunta infantil si tenemos un abuelo como García Márquez?, ¿por qué hemos de rechazarla si resulta que somos capaces de creer que existe un viejo que, después de muerto, sigue viviendo? Otra vez el mundo infinito de los porqués. Al instante en que "todo lo escrito en ellos era irrepetible desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra".

Pero volvamos a Ursula y su silencio. La pobre abuela Ursula que siempre ha tenido los pies en el suelo, que de un plumazo se ha acomodado a la firmeza que la misma tierra le brinda, aunque no sin extrañeza. Sus espaldas, de ningún modo fuertes ni eternas rocas, cargan con los pecados de la muy inmoral y atorrante ciudad de Macondo, y así se van doblegando para que, con tan oneroso peso, se vaya clavando y hundiendo más y más en la superficie terrena, en la que sin duda ya le va a ser del todo imposible alzar una última mirada a lo etéreo. Cielos extraños y atormentados. Conforme transcurre el tiempo, asume con mayor perfección el papel de redentora, y su fracaso jamás habrá de sospecharlo cuando la muerte se le anticipa. Muerte por extrañamiento, que la persuade y a la que por fin muestra atención.

Lo único que no está dispuesta a perdonar es el "pecado" de la pasión amorosa. Que no es raro que le resulte exótico, si tenemos en cuenta el comentario de Bataille: "El sentido último del erotismo es la fusión, la supresión del límite. En su primer movimiento, el erotismo no por ellos es menos significado por la posición de un *objeto del deseo*"⁽⁶⁾. Imaginario o no, responde a esa transgresión que Ursula considera ilícita. Los que la cometen son arrojados de su lado, tal es el caso de Rebeca (la niña que comía tierra) y Arcadio (el marinero de los Buendía que recorrió mares y océanos). La relación entre los dos jóvenes está proyectada por García Márquez de una manera muy gráfica y con esencial voluptuosidad: "José Arcadio la miró el cuerpo con una atención descarada, y le dijo: "Eres muy mujer, hermanita". Rebeca perdió el dominio de sí mismas.../... le acariciaba los tobillos con la yema de los dedos, y luego las pantorrillas y luego los muslos.../...Ella tuvo que hacer un esfuerzo sobrenatural para no morirse cuando una potencia ciclónica asombrosamente regulada la levantó por la cintura y la despojó de su intimidad con tres zarpazos, y la descuartilló como a un pajarito"⁽⁷⁾. En estas páginas del cuento donde el erotismo interviene se marca de nuevo el "extrañamiento" que reduce a Rebeca al papel de víctima. Es una fuerza exterior que se propaga hasta reducirla marcadamente a una damnificada. Cada una de esas palabras forjan la escena caliente que se esquina hacia la inmensidad de origen extraño, una cierta extravagancia. García Márquez no parece recurrir en su novela a la explícita temática del seco, aunque la pervivencia de su realidad palpita en conjunto en todo el cuento, e incorpore de forma excesiva, y gratificante, las formas de la experiencia erótica en momentos indefinibles. De su literal realidad o existencia sólo hay escasos atisbos. cortas descripciones o alusiones, pero con mayor importancia su "imprecisión" vaga por todo el cuerpo del relato. Es una transmisión esponjosa, en ocasiones con vistoso detallismo, pero que huye del terreno antiestético y grosero de la mención explícita. De ahí que semejante exposición resulte de nuevo un claro "extrañamiento" en el sentido en que produce "la momentánea pérdida de la linealidad en el repertorio de conceptos, de actitudes, de tópicos, frases y soluciones hechas a que la existencia nos va acostumbrando", como citábamos antes. Es indudable que el tratamiento del tema, así, se nos hace "extraño" en su forma, y por tanto en su contenido. No puede probarlo más que otro ejemplo de los encerrados en el cuento: "En el calor de la fiesta exhibió su masculinidad inverosímil, enteramente tatuada con una maraña azul y roja de letreros en varios idiomas". La exquisitez con que habla del objeto nos señala otra realidad acaso más verdadera.

Es verdad que el erotismo y el sexo como temas nos podrían parecer mínimamente primordiales en esta obra, pero de ellos depende el desenlace final, y de alguna forma la

esperanza en los cien años de Ursula. No sospechamos esta circunstancia hasta que no acabamos su lectura, hasta que no oímos el "cuento" completo.

NOTAS

(1) Esta cita puede parecer innecesaria porque casi todos los libros de García Márquez empiezan con este salto en el tiempo. Así que el mismo procedimiento parece explayarse en "La sana", donde leemos: "Veintidós años después volví a ver a Margarito Duarte", G. García Márquez, **Doce cuentos peregrinos**, Mondadori, Barcelona, 1992, pág. 59.

Según William Row, por ejemplo, "Eréndira, en el cuento de este título, es una niña sujeta a la prostitución sin fin para pagar una deuda a su abuela, cuya casa incendió accidentalmente". William Rowe, "Gabriel García Márquez, la máquina de la historia", **Quimera**, n° 111, 1992, pág. 29.

(2) G. García Márquez, **Cien años de soledad**, Barcelona, Editorial Sudamericana, 1969, pág. 21, párrafo 2, líneas 18 a 24.

(3) Este es sin duda causa de extrañamiento, "una referencia a lo que el crítico Victor Sklövski ha dado en llamar *extrañamiento*, y que ha sido traducido por "la sorpresa, el chispazo, la momentánea pérdida de la linealidad", según comenta Alfonso Martínez-Mena, en "Notas para una meditación sobre el cuento y sus entornos", **Hispanoamérica. La sangre del espíritu**, Universidad de Murcia, Murcia, 1992, pág. 310.

Así se exalta muchas veces la naturaleza en Andrade: "en ese viaje por catingas, ríos revueltos, chorrerones, campos-generales, arroyaderos, aluviones, pampas-virgenes y milagros del interior", Mário de Andrade, **Macunaíma (O heroi sem nenbum caráter)**, Seix Barral, Barcelona, 1977, pág. 63.

(4) G. García Márquez, **op. cit.**, pág. 211.

(5) **Ibidem**, pág. 351.

(6) G. Bataille, **El erotismo**, Tusquets ed., Barcelona, 1979, págs. 179-180.

(7) G. García Márquez, **op. cit.**, pág. 85.

(8) Martínez Mena, **op. cit.**, pág. 310.

* Sin embargo, el personaje de Úrsula en absoluto pasa desapercibido. Al contrario, es uno de los personajes con más fuerza de la novela. Una mujer de muchos principios y que hasta el final no se abandona. Cómo entra en su vejez, cómo pasa de dominar la casa a ser dominada, sería temas relevantes y dignos de un estudio pormenorizado.